

VIDA DE LA FACULTAD

Al examen del citado problema dedicó el autor la integridad de una conferencia, pronunciada en el Curso de Invierno de la Universidad de Oviedo, el día 12 de marzo de 1953. En el presente trabajo se refleja, sustancialmente, lo que fuera tesis sustentada entonces por el conferenciante.

EL PROBLEMA DE LA UNIDAD DEL MUNDO POSBELICO

Todo problema de política internacional (e indudablemente tiene condición de tal, el que seguidamente nos proponemos abordar) ha de ser necesariamente encuadrado, con arreglo a los cuatro siguientes elementos de juicio:

1.º Trance histórico que se aspira a enfocar. Como es bien sabido, las experiencias históricas no se presentan siempre ostentando el mismo grado de complejidad y peligrosidad. Hay períodos de aquietamiento, de calma y reposo, etapas estáticas que por revestir esta condición, explicablemente carecen de potencias creadoras; son altos en el camino, puntos de conexión entre dos etapas, dotadas cada una de ellas, de prominente individualidad. En ocasiones, por el contrario, el factor peligrosidad acusa la preminencia de su beligerancia y en este sentido se genera una desorientación tal, que cuantos intentan caracterizar el período histórico, respecto del cual viven en situación de contigüidad temporal, no logran ofrecer un perfil afortunado de aquello que aspiran a esquematizar. El período posbélico que nos tocó vivir

desde 1945, porta en sus entrañas dos notas igualmente inquietantes: celeridad en las desactualizaciones y alucinación; lo primero quiere decir, que incapaces de formular lo que en términos médicos se denomina diagnóstico diferencial, nos extraviamos irremediablemente en el laberinto de exégesis, ninguna de las cuales tiene la condición de afortunada; lo segundo significa que incapaces de ofrecer una adecuada versión del presente e impotentes para brindar un leve anticipo de lo que pueda ser el mañana, marchamos sobre la tierra, portadores de una angustia tal, que nos lleva a pensar en la fatalidad de lo irremediable y nos induce a creer que la voluntad humana ha perdido, total e irremediablemente, cuanto implique capacidad de orientar lo que pueda y deba ser una política internacional.

2.º El hombre, situado ante un trance histórico de tan acusada confusión, puede optar por la utilización de uno de estos sistemas interpretativos: el actualismo, el arcaísmo y el futurismo. La primera y más explicable y presumible reacción exégetica, consiste en intentar una penetración en lo inmediato, pero como para llevar a cabo esa tarea interpretativa nos faltó dimensión espacial y temporal, irremediablemente confesamos nuestra impotencia, para ofrecer una adecuada versión de lo que es coetáneo respecto de nosotros; registrada tal decepción, nos sentimos impelidos con rumbo hacia soluciones que estimamos inicialmente liberadoras; puesto que no somos capaces de ofrecer una versión de lo inmediato, pensamos si será más realizable el adelantarnos en el camino de las anticipaciones, por lo cual rompemos estrepitosamente con el presente y avanzamos por el camino que nos conduce a la meta de las conjeturas. Ahora bien, tal inclinación, denominada futurismo, para tener condición de tal, y revestir la indagada eficiencia, exigiría previamente el desconocimiento de todo cuanto es nuestro presente y como el hoy lo vivimos, séanos o no grato, en forma inevitable, recibimos la impregnación de sus elementos integrantes y al intentar la captación de un anticipo del futuro, somos en realidad portadores de un peso muerto, que resulta lógicamente anacrónico, para quienes intentan adscribirse al futuro de modo íntegro. Ello explica que el camino conducente inicialmente al futurismo, se convierta, a largo plazo, en la ruta de las desilusiones y como no podemos caer en el vacío a que lógicamente debiera conducirnos la decepción cosechada, del futurismo, pasamos, *per saltum*, al

anacronismo, inclinación esta última, que merece algo más que una simple mención rotularia. Por arcaísmo entendemos aquel ademán del hombre que propende a encontrar cobijo y aquietamiento, refugiándose en la contemplación de lo que, consumado, se ha incorporado irremediabilmente al pasado, en su condición de experiencia fáctica. Tal recurso, no lo consideramos perjudicial y aun menos desdeñable; lo que fué puede servirnos de elemento clarificador, para lograr una más venturosa anticipación de lo que está aconteciendo e incluso posibilitar una predicción de lo que aun pertenece al misterio del futuro. Pero así como no podemos anticipar lo que nos reserve el destino, sin desprendernos previamente de nuestras conexiones con el presente (tarea, esta última, humanamente irrealizable), del mismo modo, cuando solicitamos de la historia una orientación aleccionadora, al referirnos a lo consumado, somos víctimas de lo que denominaríamos impregnación de actualismo y ello introduce un elemento de confusión, que obstaculiza todo intento de interpretación objetiva e irremplazable, de lo que pudiera ser aleccionamiento histórico. Lo cual explica adecuadamente el por qué las interpretaciones de un mismo hecho histórico, no sólo, difieren unas de otras, sino que no alcanzan jamás la condición de definitivas.

13.ª Otra circunstancia, que, agregada a las anteriores, concurre en el sentido de incrementar nuestra presente angustia, está determinada por lo que llamaríamos topografismo. Necesaria e inevitablemente, la versión de lo que significa y de lo que porta en sus entrañas un determinado problema de política internacional, varía de acuerdo con la posición del exégeta en el orden de espacio. Preguntad a un norteamericano, a un sudamericano, a un asiático o a un europeo, sobre lo que significa esta inseguridad posbélica de que somos protagonistas y la versión diferirá, no sólo en lo que atañe a la caracterización de sus antecedentes, sino en lo que afecta al contenido sustancial del problema. Hablan los alemanes de lo que ellos denominan indistintamente *weltanschauung* o *weltansicht* (visión o interpretación del mundo), pero la traducción que cada cual nos ofrezca diferirá fatalmente, a impulso del punto de mira, en el cual topográficamente nos situamos, para enfocar el problema. Dirán unos que, en los instantes presentes, la primacía del protagonismo está ligada a cuanto pueda registrarse y decidirse en la inmensidad

del mundo eurásico; otros consideran que el meollo del problema posbélico, hoy, como en pretéritas coyunturas, ha de referirse al viejo continente y así podéis percibir fácilmente como en la actualidad los norteamericanos, que aspiran a captar una interpretación del problema internacional a escala global, ven obstaculizada su labor, por una disensión, dialécticamente nutrida por los europeizantes de un lado y los asiaticantes de otro. Síntomas todos ellos de ese achaque posbélico, que se conoce con la denominación de topografismo y que en este sentido es un factor indudable de disociación.

Las anteriores consideraciones no las formulamos como antecedente dialéctico de lo que no nos conduciría a otro epílogo que al de la desesperanza; antes bien, si señalamos esos escollos y si ofrecemos una enumeración de los obstáculos que se interponen en nuestro camino, es con un designio específico: intentar, si ello es posible, determinar, no sólo hacia donde vamos, sino de donde arrancamos y para ello ofrecer un esquema de lo que ha sido la enorme mutación operada en este mundo posbélico, entre los años de 1945 y 1953. Así podremos determinar en qué sentido las alteraciones en la respectiva suma de poder vinculada a cada uno de los Estados portadores de un perceptible protagonismo, pudo afectar al tan debatido problema de la unidad del mundo.

Un síntoma evidente de lo que denominamos celeridad de las desactualizaciones, nos lo ofrece lo acontecido con determinadas apreciaciones que nos han sido ofrecidas por Norman Angell, pese a que sus valoraciones encierran una mínima ambición, cual es, el ofrecer un balance de lo que han supuesto, como elementos de alteración en el reparto del poder sobre la tierra, vinculado a este o al otro Estado, las dos últimas guerras mundiales. Recuérdese que el balance de Norman Angell, data de 1947, a pesar de lo cual al mismo hay que oponer determinados reparos, ya que a partir de 1947, se han registrado hechos, cuya proyección no puede ser ignorada, en el sentido de contribuir a la alteración de la exégesis que nos brindara Norman Angell, hace sólo seis años. El citado autor, en su conocida obra «Los caminos escabrosos» (*The Steep Places*), nos dice que en los últimos treinta y tres años se han registrado cuatro eventos, cada uno de los cuales, por su específica trascendencia, puede considerarse en posición de paridad respecto a otros acontecimientos históricos, tam-

bién de acusada relevancia. Son los siguientes: 1.º Aplicación de la energía atómica a las armas bélicas; la trascendencia de tal innovación técnica, la consideiramos, más que por lo que el hecho representa intrínsecamente valorado, por las repercusiones que su anuncio ha generado. Recuérdese que cuando Norman Angell escribiera su citada obra (1947), no sólo se atribuía a la bomba atómica rango bélico decisivo, sino que se consideraba constituir dicho artificio desintegrante, monopolio de los Estados Unidos. Esa doble circunstancia, como verá seguidamente el lector y por curiosa paradoja, venía a favorecer a Rusia, contra quien se esgrimía el invento como elemento aquietante de las sedicentes aspiraciones expansionistas de la U. R. S. S. En efecto, cuantos valoran con criterio de notoria exageración, lo que representan, en cuanto elemento de innovación en materia bélica, los progresos técnicos, no vacilan en aseverar—cosa exculpable—que la bomba atómica revolucionará en cierto modo la técnica bélica, sino que sostienen esta tesis: así como el empleo de la pólvora como arma de combate, concurrió en medida poderosa a provocar el ocaso del feudalismo y la aparición del mundo moderno, igualmente será preciso en el futuro introducir como elemento diferenciador de dos eras históricas, el empleo de las armas atómicas; así se habla ya de una edad preatómica y de otra posatómica. Los voceros de esta interpretación, producto específico de la limitación conceptual, propia de todo tecnicismo puro, consideraban que las posibilidades destructivas se habían alterado en medida revolucionaria, llegándose hasta el extremo de afirmar que el sólo lanzamiento de una docena de bombas atómicas, sobre los grandes centros industriales rusos del Donetz y de los Urales, decidiría la guerra mundial número tres, en pocas semanas. A la sombra de ese atomismo, se generó en Norteamérica la tesis de la denominada estrategia periférica; a tenor de esa tesis, los Estados Unidos debían centrar su actividad en la construcción de bombarderos de gran radio de acción, que, instalados en aeródromos construidos en la perifería europea, en Africa y en el Oriente Medio, podían realizar su misión destructiva, reduciendo a cenizas el potencial de la industria pesada rusa. Bastó conocer la anterior versión, para que en determinados sectores de opinión norteamericana se considerase que no era tarea de inmediata urgencia el proceder al rearme de Norteamérica, imponiendo a tal efecto a los Estados Unidos, cuantiosos e inútiles dispendios. Claro

está que ese período de lo que llamaríamos mitología atómica, fué de reducida duración y el desencanto no se dejó esperar, percatándose los apuntaladores dialécticos del ilusionismo atómico como Rusia, manteniendo el volumen de sus ejércitos e incluso incrementándolos mediante su progresiva modernización, retenía en sus manos una evidente superioridad, realidad explicablemente angustiada, valorada desde el mundo occidental, postrado y punto menos que indefenso. Pero no cabe duda que los efectos perniciosos del ilusionismo atómico, acusaron su influencia, en el sentido de diferir el rearme del mundo occidental.

2.º Ocaso del Imperio Británico, acelerado y agravado por la crisis registrada en el corazón de Inglaterra, a impulsos de un colapso económico, tan severo que incluso amenaza al país en sus esencias. Así, según la versión de Norman Angell, se truncaba un período histórico centenario, que va desde Watterloo hasta Sarajevo, siglo de preeminencia anglica y que es considerado como la centuria de la denominada «pax británica». Esta afirmación de un pensador británico, parecía fortalecer la tesis, muy extendida y a tenor de la cual, en el reloj de la historia había sonado la hora de la disolución del Imperio británico. Nosotros creemos que Norman Angell llevado por la preocupación de no departirse de un frío realismo, ha extremado su pesimismo. Para nosotros, ese supuesto y debatible trance de ocaso en que se encuentra el Imperio Británico, se debe, en todo caso, mas que a causas externas a la Gran Bretaña que a un proceso interno de progresiva desarticulación. No se olvide que Inglaterra vino actuando en la política internacional europea, acaso desde los tiempos de Enrique VIII, a base de utilizar a Europa como cabeza de puente, sobre la cual organizar las sucesivas coaliciones, ideadas para hacer frente a una amenazante hegemonía, generada en tierras firmes del viejo mundo. Falta hoy a Inglaterra eso que podríamos denominar apoyatura de sus constantes históricas, ya que ante si se ofrece el espectáculo preocupante de una Rusia omnipotente y una Europa occidental, postrada, convaleciente y dividida e incapaz de articularse en una salvadora superestructura. Si el ocaso de Inglaterra fuese tan evidente como Norman Angell asegura, Gran Bretaña no opondría reparos básicos a las solicitudes de que se la he hecho objeto, instándola a ingresar en el Tratado de la Comunidad de Defensa Europea, negativa que no sería lícito achacar a la tan reiteradamente reprochada ob-

sesión insular británica, sino a la circunstancia de que la libra esterlina es todavía moneda rectora en una dilatada área internacional y a la evidencia de que Inglaterra, si para incrustarse en el dispositivo defensivo europeo debiera desconectarse de la *British Commonwealth of Nations* (el dilema nos parece tan evidente, como insoslayable), caería en un vacío internacional, altamente peligroso. He ahí por que motivo, al cabo de seis años, a contar del día en que Norman Angell nos ofreciera su balance, éste nos parece en cierto modo afectado por su parcial desactualización.

3.^o Incremento del poder del Imperio ruso, en el plural sentido de ampliación de sus fronteras territoriales y extensión espacial de su proyección política; lo primero utilizando el sistema de los hechos consumados, al amparo de la imprecisión de cláusulas incluidas en convenios secretos; lo segundo, empleando un artificio, inédito, al parecer, en los anales diplomáticos, consistente en procurarse aliados ideológicos, a lo largo y a lo ancho del mundo entero e instaurando así un sistema satelitista, en parte consumado a expensas de pueblos contiguos y en otra porción en estado potencial; esto es, manipulando un arma mucho más eficiente y peligrosa que la bomba atómica, arma rusa que no persigue la desintegración del átomo, sino la desintegración del mundo occidental y cristiano; ese artificio, dotado de un alto poder corrosivo, está representado por el proselitismo soviético, arma poderosa como artificio de infección, manipulada a base de la cooperación brindada por los aliados ideológicos de Rusia, esparcidos por todo el mundo y practicando el sistema conocido con la denominación del caballo de Troya. Esta versión de Norman Angell, es incuestionablemente impresionante, tanto más, cuanto que, frente a la misma no se ha logrado montar una adecuada ofensiva dialéctica de carácter positivo, ni portadora de un criterio que permita diferenciar adecuadamente nota distintiva de enorme relevancia—cuanto encierra la acción rusa de aparente proselitismo y en qué proporción es portadora de evidentes inclinaciones típicamente imperialistas. Es de tal modo acentuada, en este sentido la desorientación del mundo occidental, que aun hoy, a impulsos de esa ola antisoviética, proveniente de las playas norteamericanas, se nos dice que lo peligroso y esencial es el proselitismo comunista y lo instrumental y accesorio el desnudo imperialismo ruso, tipo kilómetro cuadrado. Argumentando en ese

sentido, por vía, no por indirecta, menos evidente, se fortalece. la dialéctica soviética, hasta el extremo de rodearla de una especie de prestigio mitológico y de atribuir al sedicente proselitismo soviético posibilidades de repercusión a escala ecuménica. Esa visión que estimamos errónea, bien merece de nuestra parte, un intento valorativo.

Que el equilibrio en el período posbélico se ha alterado en exclusivo beneficio de Rusia, nos parece innegable y en este sentido consideramos irreprochable el balance de Norman Angell, pero no estimamos igualmente acertada su tesis concerniente a la peligrosidad del proselitismo soviético, que Norman Angell considera como arma amenazante e inédita en los anales de la diplomacia. La tesis sería cierta si Moscú actuase a través del Mundo, en cuanto vocero máximo e inapelable de la ortodoxia marxista; pero no es ese el caso, ya que todo nos inclina a inducir que el marxismo en Rusia ha cedido su primacía en beneficio del mesianismo y esta última inclinación mesiánica, no representa otra cosa que un ademán típicamente imperialista, alimentado por una especie de inclinación místico-política, tras la cual se oculta un deseo de afirmar la preeminencia rusa, como pueblo, genéricamente considerado. A este propósito, entendemos encierra una gran fuerza aleccionadora la obra de Klaus Mehnert «Weltrevolution durch Weltgeschichte (Horzner Verlag, 1951) y de la cual se ha publicado una versión al inglés, con el título «Stalin versus Marx» (George Allen and Unwin LTD. 1952). Mehnert describe cómo se ha operado una modificación substancial en la dialéctica rusa y de que modo el marxismo fué, progresiva y acentuadamente reemplazado por el mesianismo, versión mastodóntica del nacionalismo ruso. Mehnert afirma que esa trascendental metamorfosis, arranca del 16 de mayo de 1934, fecha en que fué publicado un decreto, estableciendo lo que había de ser en el futuro la historiografía rusa. El cambio de rumbo, se nutre a base de los siguientes factores doctrinales: 1.—Relativización de Marx, rompiendo con la acerada lógica marxista y convirtiéndola en elemento fluido y adaptado a las inclinaciones expansionistas rusas; 2.—Reivindicación de nombres, estrechamente ligados a la época zarista y que se elevan a la condición de modelos y de estimulantes; así se reactualizan nombres, tan indefectiblemente ligados a la Rusia autocrática y tan típicamente antirrevolucionarios, como los de Ivan el Terrible (ahora Ivan,

Grozny), Pedro el Grande, Alejandro Nwesky y Kutusov; 3.—Exaltación de la palabra *Rodina* (patria) y considerar como grave delito de desviacionismo cuanto implique apoyar el cosmopolitismo; 4.—Tesis de las anticipaciones, a virtud de la cual, Rusia conoció el feudalismo, dos siglos antes que el mundo occidental; el despotismo ilustrado, con anticipación de más de cien años a Europa; el sistema capitalista que existe en Rusia, según esa novísima versión, desde 1760; incluso se descarta la originalidad de la revolución francesa, ya que su contenido doctrinal, brotara en Rusia, exteriorizado de manera explosiva en las revueltas de Moscú de 1648 y 1662; 5.—Rusia empleó una táctica frente a sus invasores, que en definitivo implicó la derrota de los mismos; así respecto de Segismundo de Polonia, de Carlos XII de Suecia, de Napoleón Bonaparte y de Adolfo Hitler; consistió en explotar el factor distancia y espacio, retirándose, dejando a sus espaldas la tierra quemada, instalando en la retaguardia á partisanos, que, como guerrilleros, atacaban al invasor y una vez que el enemigo había extendido desmesuradamente sus líneas de comunicación y dificultado en la misma proporción su aprovisionamiento, lanzar la contraofensiva y convertir en desastre el inicial avance del enemigo. Ese sistema se exhibe como típicamente tan alejado de nosotros, como fué el de los escitas, en su guerra victoriosa frente al rey persa Darío, experiencia que fuera realidad hace dos mil quinientos años; se presenta además a los escitas, según la tesis del Profesor Udaltsov, como una síntesis de las civilizaciones del Oeste, del Este y del Sur, construyendo así una especie de civilización supra nacional, como lejano antecedente de la misión que el pueblo ruso se atribuye hoy en el amplio marco de la U. R. S. S.; 6.—Se pone igualmente en tela de juicio, tanto la prioridad de los descubrimientos geográficos de occidente, cuanto los adelantos técnicos. De ese modo se va nutriendo doctrinalmente una especie de neopanславismo o neimperialismo soviético, interpretado en su significación de arma hegemónica y se llega a la conclusión siguiente: más que a la comunicación de Rusia estamos asistiendo a un proceso de creciente rusificación del comunismo. Una primera repercusión de tal mesianismo, la encontramos en la defección yugoeslava y en ese curioso fenómeno secesionista que se denomina el titismo, movimiento que parece implicar algo tan sorprendente como esto: los cismas, no partieron nunca de la Igle-

sia creadora, fundadora y definidora; indefectiblemente se registraban en su lejana periferia; ahora, fenómeno extraño, el cisma se produce en lo que pudiéramos denominar la Roma marxista. Hasta el presente las masas extrafusas no han acertado a percibir claramente lo que ese apartamiento del marxismo puro, proveniente de Moscú, significa, pero no es aventurado suponer que la defección yugoeslava será el antecedente de otras secesiones de parecida índole.

En suma, en contra de lo que Norman Angell opina, estimamos nosotros que el proselitismo ruso, desprendiéndose del contenido doctrinal que lo informaba, se está transformando en una inclinación expansionista, en un auténtico imperialismo del kilómetro cuadrado, desempeñando Rusia respecto de la U. R. S. S. y mundo exterior, un papel similar al que encarnara en Prusia, respecto de Alemania y Austria, en la época bismarckiana.

4.º Aparición de los Estados Unidos como potencia mundial, con recursos industriales, económicos y financieros, jamás conocidos en parecida cuantía, preeminencia aun más destacada, por cuanto, la increíble ascensión norteamericana, coincide con la actual postración, que se registra, tanto en países vencedores (Francia e Inglaterra), cuanto en naciones vencidas como Alemania y el Japón (la primera dividida en dos sectores y el segundo en clara situación de sometimiento a los Estados Unidos). La preeminencia norteamericana constituye un fenómeno inquietante, por cuanto se registra en un país, que no sólo no aspiraba a alcanzar un tan destacado protagonismo en la esfera internacional, sino que pugnó por rehuir la responsabilidad, que el destino había vinculado en sus manos. Ahora, *per saltum*, diríase que Norteamérica, tras ofrecernos reiteradas pruebas de su obcecación aislacionista, inclinación prolongada hasta el anacronismo, parece darse cuenta de que el destino le exige la práctica de una *leadership policy*, no sorprendente, antes bien, patrocinada con evidente retraso, a pesar de lo cual en los médicos europeos, esa *leadership policy*, ha provocado, tantos disentimientos, tantas aprensiones y tan acentuados temores. Sin embargo, a nuestro entender, esa *leadership policy*, constituye interpretación adecuada, de la tesis a virtud de la cual, la paz por su indivisibilidad y su imposible fraccionamiento, ha de ser instaurada en medida global o fracasar en el empeño tendiente a su instauración. Cuando Norman Angell formuló su balance,

no podía imaginarse que la política internacional norteamericana del *appeasement* se encontraba en período epilógico y se tendía a su reemplazo por una política, activa y positiva, a la vez.

Indudablemente la exégesis ofrecida por Norman Angell, ha sido señalada como una de las más acertadas valoraciones en lo que atañe a reflejar adecuadamente las alteraciones que en la dinámica política internacional han generado las dos últimas guerras mundiales, pese a lo cual, como suponemos haber puesto de manifiesto, a ese balance puede oponerse más de un reparo sustancial. Si esto es realidad respecto a lo que es valoración de hechos consumados, no es difícil imaginar de qué proporciones es el riesgo que corre todo aquel que, en la hora presente, trate de adentrarse en los escabrosos caminos de la profecía.

Si ahora, centrando nuestra atención sobre lo que constituye tema específico del presente trabajo, nos preguntamos como puede cristalizar este mundo posbélico, en etapa de claro tránsito, no sería inadecuado dirigir la mirada a lo que fué e interrogar a la historia, sobre experiencias consumadas a lo largo del tiempo y percibiríamos como es cierto que el mundo internacional, necesariamente ha de conocer uno de estos cuatro posibles epílogos: unidad, dualidad, pluralidad o atomización.

Refiriéndonos concretamente al problema de la unidad, hemos de advertir, que no incluimos en tal categoría lo que se denomina sistema monolítico, tal como el que la U. R. S. S. intenta poner en práctica y agregar; que si en determinados períodos históricos, especialmente los que anteceden al año de 1492, podía hablarse de unidad internacional, en sentido singular y total, hoy la unidad no excluye, lo que llamaríamos, empleando una mención paradójica, pluralidad de unidades. Esto aparte los varios sistemas de unidad internacional cuya realización se intentó a lo largo de la historia, varían, no sólo en lo que atañe a la calidad del elemento aglutinante, sino en lo que se relaciona con sus posibilidades de permanencia; lo primero, porque una cosa es la unidad en cuanto fruto de agregación voluntaria, realizada dentro de una diversidad y otra la que se impone, sin admitir réplica, en beneficio exclusivo de un Estado preponderante; la primera puede ser revisada, enriquecida, ampliada y robustecida y sus coyunturas vitales múltiples, constituyen reservas de perdurabilidad, en tanto la segunda, más de tipo monolítico que orgánico, como sólo puede funcionar basada en la

coacción, está siempre amenazada por un evidente peligro de potencial desagregación. Como ejemplos de una, y otra, pudieran citarse, el satelitismo ruso de un lado y el proceso formativo de la integración del viejo mundo occidental, a través del Tratado sobre la creación de la comunidad europea de defensa.

Venimos hablando del problema de la unidad internacional, en sentido fundamentalmente político, pero sin desconocer la existencia de una tesis, a cuyo tenor los estadistas del mundo occidental postbélico, parecen obstinados en evidenciar su incapacidad aunitiva, una fuerza ciega e irresistible, se abre paso y acaso un día próximo podría ofrecer demostración de su beligerancia, al evidenciar que en este mundo postbélico y cada vez más acentuadamente, lo técnico se antepone a lo político y será la técnica la que, implacablemente, actuará como elemento de aglutinación. Tal interpretación, si algo significa, es lo siguiente: que la tan extendida, como aparentemente acreditada tesis dilemática, de la inevitabilidad de elegir entre Washington y Moscú, sería rebasada por otra, cimentada sobre la siguiente proposición: el mundo actual es demasiado reducido para cobijar indefinidamente dos inclinaciones que se afirman, mas que a virtud de su propia sustancia, en cuanto negaciones recíprocas. Se agrega que nos enfrentamos con esta evidencia: ha sido superada la idea del Estado, en cuanto portador de una soberanía absoluta que se afirma como mera antítesis, ante otros ademanes excluyentes y de parecida textura. Resulta explicable que el mundo y especialmente el mundo europeo, cuya historia internacional moderna, se ha construido con reserva plena del principio de la soberanía absoluta, se resista a reconocer esa evidencia, superadora de tal concepto; ya que estamos asistiendo a una pugna por sepultar criterios, que por su vigencia plurisecular, parecían definitivamente enraizados e incluso, en este sentido debe dispensarse cierta clemencia a esas impulsiones de que son portadores, *in articulo mortis*, quienes se obstinan en galvanizar la vigencia de un nacionalismo, notoriamente anacrónico (la posición de Francia en lo que atañe al Tratado sobre la creación de la comunidad europea de defensa y la agregación al mismo de un cierto número de protocolos adicionales. es en este sentido, aleccionadora).

Un Ministro Francés de Relaciones exteriores, decía en 1947: «Le monde s'oriente vers le monisme et ce peut etre affreux». Quería significar con tales palabras, que, séanos o no grato el

mundo parece caminar hacia el monismo y que éste puede cristalizar, bien sea en un superestado, bien en una superpotencia. Con esa profecía a la vista, digamos ante todo que no pueden emplearse, en calidad de términos indistintos, los de superestado y superpotencia; la superpotencia significa agregación monolítica y yugulante, en beneficio de una determinada nación, que impondrá tal epílogo, para así servir sus inclinaciones expansionistas; el superestado no sería ensanchamiento de una nación a expensas de otras, implacablemente anexionadas, sino realización de tipo federalista. Lo que ha impedido que la unidad pudiera articularse en el marco de la Sociedad de las Naciones o en la Organización de las Naciones Unidas, ha sido lo que se denominó: invencible nostalgia de las supervivencias nacionales integrales.

Debe tenerse en cuenta igualmente y en cuanto factor de orientación lo que denominaríamos impulsos tendientes a la realización de superestructuras, en el sentido de que este anhelo de superación puede ser alimentado por ansias aunitivas de tipo principal o puede representar el fruto de una necesidad de coalición emergente y como tal episódica, construída con el fin específico de hacer frente a una amenaza común. De ahí la diferencia abisal que se aprecia, cuando se parangonan los factores de aglutinación en este período posbélico y aquellas ideas monistas del siglo XIV, encarnadas en Bartolo y Alvaro Pelayo. La diferencia entre ambas experiencias históricas, aparte la circunstancia de que unas han sido consumadas y otras se encuentran en período formativo, es la siguiente: 1.º.—El monismo del siglo XIV, se articulaba para hacer frente a un peligro generado en las propias entrañas de la Europa de entonces (el peligro feudal); 2.º.—Que el monismo, del siglo XIV, podía interpretarse como ademán de restauración o de reinstalación, innovada en ciertos extremos, ya que entonces se disponía a la vez de un modelo y de un incentivo; lo primero, en forma de experiencia imperial, que había ofrecido pruebas de su eficiencia, lo segundo, para precaverse de una amenazante dispersión y de un atomismo que se consideraba fatal; 3.º.—Aquella aspiración política, contaba con el complemento valioso de un instrumento jurídico (el *ius commune*); 4.º.—Tratábase, no de una reinstalación ciega y sistemática, sino de un intento heroico encaminado a lograr la convivencia armónica de las soberanías parciales, dentro del amplio marco de la idea imperial genérica.

En contraste con las características que proveen de indivi-

dualidad a aquellas trascendentes aspiraciones de ambición ecuménica, en la actualidad, las circunstancias son distintas, como lo puede evidenciar la siguiente enumeración: 1.º En este período posbélico el peligro al cual se quiere hacer frente es tipo exterior. 2.º No se dispone de un derecho de volumen ecuménico, con el inherente prestigio de haber estado en vigor. 3.º No existe la inmediata experiencia, aleccionadora e incitante a la vez, de un Imperio realizado.

En los instantes presentes puede aseverarse, que se registra a la vez una aspiración de realización lejana y de contenido impreciso (la posible aglutinación de fuerzas hasta el presente dispersas) y una realidad sobre la cual se asegura debemos actuar en cuanto apoyatura dialéctica (el duelismo, personalizado en Rusia y en Norteamérica). Carl Schmitt, nos dice que ante nosotros aparece la imagen siniestra de una inquietante realidad (oriente, frente a occidente; clases sociales supervivientes en occidente y reducidas a una sola en Rusia; interpretación antitética en el modo de concebir cual es el destino y la misión del hombre sobre la tierra). Si la unidad es defendible, la dualidad es mala y peligrosa, por ello decía Santo Tomás: *binarias numeros infamia*. Dé ahí que algunos aseveren que el presente sistema dualista, es como el último *round* epilógico de un indefectible epílogo, frente a cuya fatalidad de nada servirán cuantos esfuerzos realicemos para evitar su consumación; tal desenlace sería el siguiente: unidad impuesta por una especie de Goliat técnico, que se vincularía en las manos de una sola nación y pondría al alcance de la misma el dominio del mundo; por primera vez en la historia, asistiríamos, atónitos e impotentes, al inquietante fenómeno del advenimiento de una cosmocracia.

Del anterior análisis parece lícito deducir, que ante la imposibilidad de realizar un monismo de tipo orgánico, producto específico de una aglutinación voluntaria y rehusando aceptar la imagen, aun más siniestra que peligrosa, del dualismo, ante esa doble negación, si fuésemos capaces de ahondar en nuestras indagaciones, percibiríamos lo que sigue: los dos actuantes y existentes frentes polémicos irreconciliables, no agotan las posibilidades de este mundo posbélico y que la tierra es demasiado amplia, para resultar indefectiblemente aprisionada por el anterior problema. Veamos cómo se ha intentado rehuir las consecuencias de la angustiosa y

actual antítesis, utilizando para ello, en parte, lo que Carl Schmitt nos enseña.

Existe, ante todo, un ademán de evasión que se denomina escapismo, manifestado en la doble dirección de querer sistemáticamente huir de las antítesis o de intentar el diferimiento de los problemas, sin percibir que toda cuestión aplazada, en medida inconveniente, automáticamente es portadora de un proceso agravatorio de su complejidad. El escapismo no pasa de constituir una fuerza, inerte y neutral a la vez, sin contenido dialéctico, ni suma de elementos específicos que justifiquen su individualidad; es el neutralismo un ademán de evasión, que no atenúa la inquietante antítesis, encarnada en la acción discrepante de Washington y Moscú. Para superar esa indigencia doctrinal, de que es portador el neutralismo o escapismo, se ha propugnado la articulación de lo que se denomina tercera fuerza, portadora de los siguientes factores, a la vez positivos y aglutinantes: 1.º Ademán de apartamiento, respecto de la zona neurálgica del dilema; 2.º Ofrecer a los amenazados por el dilema ruso-norteamericano, una tarea constructiva y autónoma, capaz de neutralizar primero y superar después, ese supuesto dilema posbélico; 3.º La tercera fuerza, no es portadora de aspiraciones globalistas, sino que realizaría en espacios determinados, con límites preestablecidos y sin más posible ensanchamiento, que el encarnada en la acción coincidente de esas terceras fuerzas, cuya pluralidad, en contraria compensación en el alcance de un destino común. Ejemplos de esos pluralismos, serían, la India, la Europa sextuple (Alemania, Francia, Italia y el Benelux), el Bloque ibérico, la América de ascendencia hispánica, la Liga Árabe, la Comunidad de Naciones británicas. Tales fuerzas, originariamente, constituidas y actuantes, restaurarían el equilibrio poniendo así remedio al achaque posbélico de más volumen: el actual desequilibrio de fuerzas.

De las anteriores consideraciones es dable deducir consecuencias, que no estimamos desdeñables. Ante todo, no es admisible la razón de ser de esta angustia posbélica, encarnada en aquellos espíritus, que aseguran que el presente trance histórico, por su condición de inédito, desprovee al espectador de todo elemento orientador. A nuestro entender, estamos situados ante un trance histórico, al cual pertenecemos en la doble condición de espectadores y actores (pluralidad y coetaneidad que explican la presente angustia); mas ello no quiere significar que seamos víctimas.

de un evidente ineditismo y a los que influidos por la técnica, viven la convicción de asistir al período inicial de una nueva era, quisiéramos brindarles algunas consideraciones. Que la crisis actual, si en su significación cronológica resulta ser de índole posbélica, lo que parece innegable, no puede decirse lo propio en lo que atañe a su contenido sustancial y sobre todo a su alcurnia; la presente crisis unitaria, no puede catalogarse como experiencia nueva; mas bien constituye un epílogo y en tal sentido está encadenada a la historia de los últimos seis siglos; se inició al alborear el siglo XIV; entonces, los que acreditaban ser portadores de una plural virtud (conocer la historia y apoyados en sus enseñanzas, no predecir lo que podía ser el futuro, sino señalar lo que debía ser) centraron su esfuerzo dialéctico, en torno a una finalidad específica: demostrar que en la armonía está la perfección y que la dispersión puede considerarse como la antesala del caos. Así señalaron al mundo dos senderos a su alcance: uno podía conducir a la salvación de la Europa posfeudal; el otro llevaría a quienes lo recorriesen hacia la inestabilidad, no episódica y eliminable, sino endémica, adentrándolos en un callejón sin salida. Ese ademán, clamando por la armonía, específica de Bartolo de Alvaro Pelayo, de San Buenaventura, no fué tenido en cuenta y la diversidad feudal, generó la pluralidad a escala nacional, tan excluyente como aquélla. Un siglo después, a la Europa monárquica, se le ofrecía una nueva posibilidad de salvación y para fortalecer aún más la tesis liberadora, ésta se ofrecía en contraste, con su antítesis (el utilitarismo puro). Dos hombres señalaban a los caminantes europeos, todavía portadores de posibilidades electivas, no sólo las rutas a su alcance, sino la meta hacia donde respectivamente conducían; uno Francisco de Vitoria, otro Nicolás Maquiavelo; el primero señalaba a la comunidad internacional una tarea redentora: utilizar la coyuntura y emplear el poder, con vistas al logro del bien común; es decir, ofrecer al mundo moderno el insustituible aglutinante personalizado en un fin trascendente (cumplir y hacer cumplir la ley objetiva internacional, único modo de justificar la supervivencia de las soberanías, en cuanto instrumentos de una tarea de alcance ecuménico). En contraste Maquiavelo empujado por su increíble capacidad para desentrañar lo que representaba, en medida inmediata y emergente, la Europa de su tiempo, fatalmente había de caer en el episodismo. Vocero de la razón de

Estado, grata a los príncipes, porque les ahorra su justificación ante los súbditos, e igualmente tentadora para los monarcas audaces, que no vacilaban en propugnar la internacionalización de la zona de Estado y como cada Estado se construía su propia razón, automáticamente se eliminaba cuanto implicase garantías morales y presencia y proyección de normas éticas, reduciéndose la política internacional a un mero cálculo y generándose así el sistema de la *balance of power*. Europa se decidió por navegar en conserva con el pensador florentino y hoy el viejo mundo se encuentra en período de regresión respecto de Westfalia, ya que ha perdido el único bien episódico que logró salvar de la tormenta (el equilibrio de fuerzas). De ahí que esta etapa posbélica la interpretemos como un período de reanudación histórica: reparar las fuerzas, compensar las antitesis, atenuar la preeminencia rusa que generaran, conjuntamente la última guerra y la miopía de Roosevelt y Truman. Si esa tarea inmediata, es alcanzada, a Europa le sería brindada una nueva coyuntura, sustancialmente semejante a la que se presentara en el siglo XIV; si la tarea restauradora del equilibrio se malogra, llegaría el momento de ponerse a pensar si esta incapacidad europea para lograr su aglutinación, orgánica y permanente, no está preparando el advenimiento de una espantosa y laminadora cosmografía.

CAMILO BARCIA TRELLES
CATEDRÁTICO
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO